



Hoy la Iglesia se viste de luz. Celebramos la Solemnidad de Todos los Santos, esa inmensa multitud que ha lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero y canta eternamente ante el trono de Dios. No celebramos una idea abstracta, ni una élite espiritual lejana. Celebramos a hombres y mujeres concretos, de carne y hueso, que vivieron la fe con radicalidad, humildad y amor. Celebramos también la vocación universal a la santidad, que nos incluye a todos.

“Vi una muchedumbre inmensa...”

El Apocalipsis nos muestra una visión desbordante: *“una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas”* (Ap 7,9).

San Agustín comenta: *“La ciudad de Dios se edifica con piedras vivas, y cada santo es una piedra tallada por la paciencia, el amor y la fe”* (La ciudad de Dios, XXII, 1).

No hay santidad sin historia. Cada santo ha pasado por la tribulación, por la lucha interior, por la entrega silenciosa. Y sin embargo, todos están unidos en una sola alabanza.

Las Bienaventuranzas: el retrato del santo

El Evangelio de hoy nos ofrece el retrato del santo: pobre de espíritu, manso, misericordioso, lim-

pio de corazón, hambriento de justicia, pacificador, perseguido.

Gregorio de Nisa dice: *“Las Bienaventuranzas son los peldaños de la escalera que nos conduce a la semejanza con Cristo”* (Homilías sobre las Bienaventuranzas, I).

Cada bienaventuranza es una puerta abierta a la santidad. No son ideales inalcanzables, sino caminos concretos que muchos han recorrido antes que nosotros.

“Estos son los que vienen de la gran tribulación”



La santidad no es evasión. Es fidelidad en medio de la dificultad. San Cipriano, en tiempos de persecución, escribía: *“El martirio no es sólo derramar sangre, sino vivir cada día en la verdad, resistiendo al pecado y perseverando en la caridad”* (De exhortatione martyrum, 12).

Hoy celebramos a los santos ocultos: madres que rezaron por sus hijos, ancianos que ofrecieron su sufrimiento, jóvenes que vivieron la fe con alegría.

Santidad en lo cotidiano

La santidad no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino en vivir lo ordinario con amor extraordinario. San Gregorio de Nisa decía: *“La perfección*

del cristiano consiste en imitar a Dios en su bondad” (La vida de Moisés). Y San Basilio añadía: *“El Espíritu Santo nos transforma para que podamos reflejar la imagen de Cristo en nuestra vida”* (Sobre el Espíritu Santo).

Hoy, en medio de nuestras familias, trabajos, sufrimientos y alegrías, podemos vivir la santidad. Cada gesto de amor, cada acto de perdón, cada oración sincera nos une a esa gran comunión de los santos.

Conclusión: Esperanza y comunión



Celebrar Todos los Santos es celebrar la esperanza cristiana. No estamos solos. Caminamos acompañados por esa *“nube de testigos”* (Hb 12,1) que nos alientan desde el cielo. Como decía San Cipriano: *“Allí nos espera una gran multitud de hermanos, padres e hijos que ya gozan de la gloria. ¡Qué alegría será encontrarnos con ellos!”* (Sobre la mortalidad).

Esta fiesta ha de renovar en nosotros el deseo de vivir como santos, como buena gente, no por mérito propio, sino por gracia de Dios. Que podamos decir con San Ignacio de Antioquía: *“Soy trigo de Dios, y he de ser molido por los dientes de las fieras para ser pan puro de Cristo”* (Carta a los Romanos). Amén.

DOMINGO XXXI-C

2 DE NOVIEMBRE



Conmemoración de todos los fieles difuntos

En este domingo, dos de noviembre, nos reunimos en oración para conmemorar a todos los fieles difuntos. No es un día de olvido, sino de memoria viva. No es un día de tristeza sin esperanza, sino de esperanza que atraviesa la tristeza. En esta liturgia, la Iglesia se inclina ante el misterio de la muerte, pero lo hace con la certeza de la resurrección.

No se trata solo de recordar con nostalgia, sino de hacer presente en la oración a quienes han partido, confiando en que *“ni la muerte ni la vida... podrán separarnos del amor de Dios”* (Rom 8,38).

La muerte como tránsito

San Gregorio de Nisa, meditando sobre la muerte de su hermana Macrina, escribió: *“La muer-*

te no es destrucción, sino transformación. El alma que ha vivido en Dios no se extingue, sino que se eleva hacia la luz que no tiene ocaso.”

Así, la muerte no es el final, sino el umbral. En Cristo, la tumba se convierte en puerta. Por eso, no solo lloramos, sino que también cantamos: *“Vivan con tus santos por siempre”*. Es el grito de la Iglesia que confía en la comunión de los santos, en la vida eterna, en la promesa cumplida.

La comunión que no se rompe



San Juan Crisóstomo nos enseña que *“los que han partido no están lejos, sino invisibles; sus voces resuenan en el corazón de la Iglesia”*. Esta comunión no se rompe con la muerte. Al contrario, se purifica, se intensifica. En cada Eucaristía, en cada oración, en cada gesto de caridad, los difuntos están presentes.

Esa es nuestra certeza: que el amor de Dios es más fuerte que la muerte. Que nuestros hermanos y hermanas difuntos han sido llamados por su nombre, como Lázaro en el sepulcro, y que el Señor los ha despertado para la vida eterna.

Conclusión

Hoy, al pronunciar sus nombres en la plegaria, al encender una vela, al mirar hacia el altar, digamos con fe: *“Vivan con tus santos por siempre.”* Y que nuestra vida, mientras peregrina, sea también una preparación para ese encuentro definitivo, donde *“ya no habrá muerte, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha pasado”* (Ap 21,4).

Catedral de Oviedo



En las fuentes de agua viva

Sancta Ovetensis

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS



1 DE NOVIEMBRE